

GABRIEL GUERRERO GÓMEZ

SILLMAREM

LIBRO 2

TORRE POR ALF L

FECHA DE APARICIÓN : septiembre, 2008

**EJEMPLAR GRATUITO,
PROHIBIDA SU VENTA**

transVersal es un sello editorial de Equipo Sirius

© 2008 EQUIPO SIRIUS

© 2008 Gabriel Guerrero Gómez

Impreso en España / Printed in Spain

Equipo Sirius, S.A.

Correo-e: pedidos@equiposirius.com

www.equiposirius.com





CAPÍTULO I UNA TAZA DE TÉ

«Avivar las rivalidades étnicas es una pieza fundamental de mi política, perpetuando así una ancestral costumbre de la vieja Terra-Mater, divide y vencerás. Añadiendo mi toque personal, enfrenta y controlarás».

CONDE ALEXANDER VON HASSLER RAVENTTLOFT.

(EL LUCRATIVO NEGOCIO DE LA GUERRA)

-Mi buen Mesala, si eres tan amable —dijo el Conde Alexander Von Hassler alargando con languidez su mano, portadora de una taza de té exquisitamente trabajada con ornamentaciones de platino y diamantes.

Mesala, el leal senescal del Conde, le escanció, con una tetera a juego con la taza, un refinado té especialmente cultivado en las tierras del sur del planeta Indha, ligeramente espolvoreado con un toque de canela y miel. La predilección por el detalle en los gustos del Conde nunca dejaba de sorprender a Mesala. La temperatura del agua, la saturación del compuesto, la presión de la tetera o la dosis para la disolución debían contener unas medidas y formas determinadas.

El Conde inhaló con complacencia el suave y penetrante aroma desplegado por el contenido de su taza, apoyando con delicadeza los labios en su borde, y saboreando cada sorbo de su preciado líquido. Respiró satisfecho, mantuvo la mirada fija por un segundo sobre los etéreos fluidos del vapor, para después posar su mirada sobre un hermoso tablero de ajedrez. Movi6 ficha y concentró, de nuevo, su mirada en un opto-buscador de biblioteca.

En sí, era un dispositivo tan práctico como sencillo que constaba de un pequeño disco, no mayor que el tamaño de un botón, que se situaba en la sien y que, a su vez, conectaba directamente con el nervio óptico del lector, permitiéndole leer y buscar contenidos a una media de mil páginas por minuto. Utilizado por un espacio de tiempo muy prolongado solía provocar dolor de cabeza. No obstante, el Conde había desarrollado su propio sistema de tal manera que cuando un tema, sección o imagen despertaba su interés, aminoraba su capacidad de lectura y procesamiento, y cuando el contenido le era indiferente aceleraba su ritmo lector.

Mesala hizo un nuevo movimiento sobre el tablero de ajedrez, una auténtica obra maestra tallada en Indha. El Conde alzó la cabeza y observó el tablero. Le estaba ofreciendo un cambio de ficha que él aceptó. El Senescal volvió a mover requiriendo, de nuevo, la atención del Conde. Su capacidad de concentración siempre sorprendía a Mesala. Esta vez el Conde movió girando la cabeza con una furtiva sonrisa.

—Jaque mate. Esta partida es mía, querido Mesala.

Mesala arrugó el entrecejo, perplejo, y no tuvo más remedio que admitir su derrota con un pequeño gruñido, empujando su rey con la yema del dedo hacia delante en señal de rendición. El Conde tomó otro sorbo de té, sonriente.

—No desesperes, puede que me ganes... algún día. Persevera pues, como yo lo estoy haciendo ahora para alcanzar la victoria sobre mis confiados rivales —murmuró el Conde reiniciando la lectura con una sonrisa que no presagiaba nada bueno para sus enemigos.

—Mi Señor, deberíais descansar —aconsejó El Senescal con preocupación, ofreciéndole más té.

—No puedo, ahora menos que nunca, Mesala. Tengo que encontrar la localización de Sillmarem. Llevo demasiado tiempo planeando todo al detalle como para fallar ahora. No volveré a cometer los errores del pasado. No permitiré que vuelvan a vencerme esos malditos críos —siseó el Conde con gesto amenazador.

—Ya son hombres hechos y derechos —señaló Mesala limpiando una gota derramada del platillo de su taza de té, con suma discreción.

—Lo que sean —refunfuñó el Conde.

—Pero Señor, debéis estar descansado para atacar. Además, si todo sale bien no será necesario encontrar Sillmarem, el Imperio será nuestro, quizás negociando...

—¿Nuestro?

—Quise decir vuestro, mi Señor.

—Eso está mejor —dijo el Conde—. Si mi risueño primo accede al trono será nuestro final. Él ha sido educado al estilo de los Sillmarem, convirtiéndole, con

sus empalagosos principios, en un ser bondadoso y débil, y eso es un desperdicio, una auténtica aberración para nuestro gran Imperio. Si le nombran Imperator será un pelele a las órdenes de Valdyn, el Señor de Sillmarem, y sus malditos Delphinassills. Mi querido tío estaría abochornado al ver en qué ha degenerado Ravalione. Hace falta alguien con mano firme para gobernar este Imperio. Es increíble lo que ha sucedido en solo una década.

—Lo sé, Señor —asintió Mesala, respetuoso.

—Han pasado diez años desde que Rebecca Sillmarem robara el Libro Oscuro con mi fórmula, ¡la fórmula que yo creé! Un elixir que proporciona la eterna juventud y unos poderes increíbles. Diez años ya desde que Valdyn y sus amigos, sólo unos críos por aquel entonces, la ingirieran logrando lo impensable.

—Al menos comprobamos que la fórmula era un éxito —señaló Mesala.

—Es verdad Mesala pero, ¿de qué nos sirvió? No solo adquirieron extraordinarios poderes, sino que lograron vencer a mi tío el Imperator en su palacio, en una fortaleza que hasta ese momento era considerada inexpugnable. Tuvieron la osadía de juzgarle, arrebatarle el Imperio, e incluso ejecutarle ante nuestras propias narices y... ¿para mí? El exilio. Qué gran error. Yo en su lugar nunca me habría dejado con vida. Eso es algo que pagarán caro —dijo el Conde, sonriente—. Además, ¿qué han obtenido con todo esto? Diez años de paz, una paz tan ilusoria como precaria.

—También detuvieron la guerra de conquista de nuestro difunto Imperator —murmuró con mucho tiento Mesala, consciente de que pisaba un terreno peligroso para su salud.

—Cuando es cierto, es cierto. Ahora fíjate, Rebecca Sillmarem se ha visto obligada a regentar un Imperio que no quiere, la nobleza imperial no deja de complotar e intrigar contra ella, ¡hasta han intentado atentado contra su vida! ¿No ves cuánto caos ha provocado esta situación? —dijo el Conde girando la cabeza, incrédulo.

—Algo muy lamentable —asintió Mesala con prudencia.

—Son unos incompetentes, y si no fuera porque me beneficia, actuaría al respecto. Incluso algunos generales de sector tienen sus propias aspiraciones al trono. Este desorden solo acabará cuando consiga hacerme con el poder.

—Rebecca no podrá soportar la presión durante mucho tiempo —corroboró Mesala.

—Ahora mismo nuestro Imperio es un gigante sin cabeza que lo controle, y destrozará cualquier cosa a su alrededor si se desploma. Falta poco tiempo para la coronación del Príncipe Umasis, una coronación que no debe llevarse nunca a cabo —señaló el Conde tomando otro sorbo de té, distraído.

—Mi Señor, Rebecca y el Príncipe podrían verse envueltos en algún tipo de desgracia —aconsejó Mesala.

—Esa es una opción a tener en cuenta. Veo que jugar al ajedrez agudiza tu ingenio, querido Mesala.

—Gracias, Señor —respondió el senescal con orgullo.

—Si el Imperio reconoce la legitimidad de mi primo, que ha sido educado en los principios de los Sillmarem, con la máxima del respeto a toda forma de vida, estaremos perdidos. Es una verdadera lástima. Al pobre muchacho no solo le han lavado el cerebro, sino que también han eliminado su espíritu convirtiéndolo en un ser tan carente de carácter como una calabaza de Invenio. Sería nuestro fin, tengo que actuar.

—Sugiero un accidente discreto, en un transporte quizás —dijo Mesala.

—¡No! Llegado el momento ambos serán ejecutados, tienen que pagar por pretender usurparme lo que me pertenece por derecho. Además, deben saber que hay una diferencia entre aprender un principio y ponerlo en práctica. Una cosa es el respeto a toda forma de vida, y otra muy distinta es proteger tal principio. Han sido educados para respetar, pero no para proteger tales principios. Sé que no están preparados para la guerra, y ese es un error que lamentarán en no mucho tiempo.

—Mi Señor con sus poderes... no debemos olvidarnos de sus poderes.

—Pueden ganar batallas, pero no guerras —dijo muy seguro de sí el Conde.

—No debemos subestimarlos, ya nos vencieron una vez.

—No nos vencieron, nosotros perdimos, hay una diferencia. Nos confiamos.

—Aun así, mi Señor, no es conveniente tropezar de nuevo en tales errores de apreciación —añadió Mesala haciendo de abogado del diablo.

—Lo sé, Mesala. Por eso esta vez calcularé todas las variables. Tienes que tener en cuenta que la mayoría de las personas habla con ligereza sobre la guerra, ignorando lo que significa. Violaciones, crímenes, abusos, torturas, hambre, enfermedad y muerte por doquier. Un buen militar jamás quiere la guerra porque sabe lo que es y lo que supone, el fin de todo.

—Pero los Delphinasills participaron en la batalla crepuscular.

—Únicamente en el palacio. Sólo su Comandante Lakota está capacitado para dirigir una fuerza armada interplanetaria. Debemos tener cuidado con él.

—No hay que olvidar a los Rebelis de Asey y a los Homofel de Navinok, mi Señor.

—No tengo intención de olvidarles. Es más, es probable que formen una parte importante de mi plan. Hasta entonces hay que centrarse en lo prioritario, encontrar Sillmarem cuanto antes. En cuanto lo encuentre, recuperaré mi elixir,

y entonces ya nada me detendrá –respondió el Conde concentrándose en su mesa de estudio.

Millones de volúmenes atestaban interminables corredores subterráneos. Libros, códices, tablas de cristal, plastanio o papiros metalizados de Indha. Su propia mesa de caoba estaba repleta de holoplanos, cuadernos de bitácora, antiguas piedras–psíquicas con el conocimiento de civilizaciones ya extinguidas, cartas 3D activo–vocales, dibujos de luz, microdiscos–guía interactivos y neuro–cristales de información asistida. Los más variados dispositivos de cultura y cualquier tipo de dato que el Conde pudiera desear. Sin embargo, todo el conocimiento que ahí se albergaba no era suficiente para poder hallar la respuesta a la pregunta que el Conde se hacía una y otra vez. Y a medida que pasaban las horas, su desesperación iba en aumento.

A su espalda, Mesala se hallaba de pie, en silencio, simplemente observando a su Señor. Ambos estaban en el planeta Mederenor, un planeta inhabitado en el que solo había una estación de repuestos y suministro para las tropas del Imperio, y que, sin embargo, ocultaba en sus construcciones subterráneas la mayor y mejor biblioteca del Imperio. Una excepcional biblioteca desconocida para la mayoría y con acceso restringido a unos pocos, entre los que se encontraban los miembros de la familia imperial. No obstante, el Conde había cambiado las claves desde la muerte del Imperator y la ascensión al trono de Rebecca Sillmarem para impedir que cualquiera de sus enemigos encontrara los archivos de los estudios sobre regeneración celular que le habían permitido elaborar la fórmula del elixir de Vitava. El Conde era muy consciente del valor de ese conocimiento y por ello lo guardaba con tanto celo, aunque no era eso lo que buscaba en ese momento. Sabía que su tiempo se agotaba, y que jamás encontraría un plano que le indicara las coordenadas exactas de la situación física del planeta Sillmarem, por lo que se había centrado en explorar las profundidades de la historia antigua para ver si en algún antiguo mapa de las rutas comerciales encontraba algo distinto, o si en los archivos de los reyes imperiales existía algún resquicio que le mostrara el reflejo que necesitaba para saber dónde estaba escondido su preciado elixir. Si quería ocupar el trono de las dos águilas de platino debía actuar antes de que su joven e inexperto primo, el Príncipe Umasis, hijo de Viktor Raventtloft I y legítimo heredero, fuese nombrado Imperator. Llevaba diez años en el exilio situando con sigilo sus piezas sobre el tablero, preparándose para atacar, y esta vez no podía permitirse dejar nada al azar.

El intercom de Mesala comenzó a parpadear, recibiendo un mensaje.

–Mi Señor, Itsake se halla a la espera –murmuró Mesala sacando al Conde de los pensamientos en los que se había sumergido.

–Que pase –ordenó mientras se levantaba de su sillón.

Itsake era una bella Homofel de cabellos largos y dorados, con unos ojos azules como el hielo, que prestaba sus servicios al Conde desde hacía algunos años. Con sensual paso elástico, la guerrera se detuvo a un metro del Conde, y se puso firme.

—¿Mi Señor?

—Itsake, querida, toma asiento por favor. Mesala tráenos algo de beber.

—Como gustéis, mi Señor —dijo Mesala retirándose discretamente.

—¿Qué deseáis que haga por vos, Sire? —preguntó Itsake.

—Necesito que hagas algo de suma importancia para mí y quiero que lo hagas bien.

—Ésa es siempre mi intención, Señor —contestó Itsake.

—Sabes de sobra que debido a una serie de incidentes de nuestro pasado más reciente, en estos momentos no estoy ocupando el puesto que me corresponde en el Imperio, aunque por descontento estoy haciendo todo lo posible para corregir esta incómoda situación. Por desgracia, necesito una pequeña ayuda para alcanzar la fuerza necesaria para llevar a cabo un plan, un modesto y sencillo plan —dijo el Conde con aire especulativo.

—Os escucho Señor.

—¿Te has dado cuenta de lo sorprendente que es cómo el ser humano no es capaz de aprender de sus errores y reincidir en ellos una y otra vez? —preguntó el Conde, pensativo.

—¿A qué os referís?

—Mi querida Itsake, eres tan bella y pareces tan humana que, en ocasiones, olvido que eres una Homofel. Aunque admito que una Homofel extraordinaria incluso entre los de tu especie —dijo el Conde—. Bien... ¿por dónde íbamos? Ah sí, me refiero a lo estúpidos que son los hombres, como por ejemplo mis enemigos. Aquellos que creyeron derrotarme y que llevan una década vanagloriándose de su triunfo sin percibir que están cometiendo los mismos fallos que estuvieron a punto de cambiar el destino de la guerra.

—¿Y vos habéis aprendido?

—Por supuesto querida, por supuesto. Yo no volveré a equivocarme, esta vez no dejaré que un exceso de confianza por mi parte, me haga pasar por alto los detalles que desbarataron mis planes en el pasado. Por eso te he traído aquí, y por eso estoy hablando contigo. Necesito que realices un par de movimientos para situar las piezas del tablero justo donde deben estar, donde es mi voluntad que estén —sentenció el Conde.

—¿Qué he de hacer? —preguntó Itsake.

—Preparar a los Koperian para la guerra.

—¿Los Koperian?

—Los Koperian son una raza de excelentes guerreros que espero, en breve, estén listos para actuar.

—No he oído hablar de ellos.

—Ni tú ni nadie. Por ese motivo te he traído aquí, querida, a la mejor biblioteca del Imperio, para que aprendas el valor del saber. Tras los desafortunados acontecimientos que ocasionaron mi destierro de Ravalione, me vi forzado a volver a Ekaton, a la que fuera la residencia de mi familia, y ahí descubrí el maravilloso regalo que Valdyn Sillmarem me había hecho.

—¿Regalo? Creía que odiabais al Señor de Sillmarem.

—Nada más lejos de la realidad querida, en absoluto, yo no odio a ese noble muchacho. Sentir odio hacia él implicaría algún tipo de... ¿cómo denominarlo? sentimiento para con su persona, y para serte sincero, en realidad, me es indiferente si vive o muere. Para mí, el Señor de Sill, el Príncipe de azulados mares y elevados principios, es más un inconveniente que hay que eliminar para alcanzar mis objetivos.

—Entiendo mi Señor, entonces ¿qué regalo os hizo ese «inconveniente»?
—preguntó Itsake irónicamente.

—El regalo del tiempo, querida. He tenido todo el tiempo del universo para prepararme para lo que se avecina. He estado aguardando mi momento y aprendiendo todo lo que necesito aquí, en este santuario del conocimiento. Aquí es donde averigüé la existencia de los Koperian y de la extraña enfermedad que los hostiga desde sus guerras contra otra raza ya extinta llamada Corlaridas, y aquí mismo es donde encontré su cura, una cura parcial que les hace dependientes, lo cual es importante para poder tenerlos controlados. Esa es la ventaja de disponer de recursos ilimitados. El haberles suministrado esa cura durante este tiempo les hace estar en deuda conmigo —explicó el Conde con diabólica sonrisa.

—¿Y dónde...?

—¿Se encuentran? Más allá de las Tierras Vírgenes. Aunque la información de la que disponía era escasa, en estos años he enviado a varios comandos de guerreros para establecer relaciones. Por el momento solo he requerido de sus servicios para realizar unas pocas misiones y de ese modo probar su efectividad. Una de las cuales, por cierto, debe estar ejecutándose en estos momentos. Afortunadamente ya tengo todo lo necesario para actuar, y es ahí donde entras tú, querida. Quiero que les ordenes que preparen el grueso de las tropas para el ataque, como pago por estos años de tratamiento.

—¿Yo? —preguntó Itsake, perpleja.

—¿Quién sino? no te he elegido al azar. Sé que puedes hacerlo. No pretenderás que envíe a ningún estúpido diplomático al que descuarten a los dos minutos de llegar. Necesito a una guerrera, alguien que imponga el

suficiente respeto como para ser escuchado. Entiende que no puedo enviar a mis Walkirias.

—¿Por qué no, Señor?

—Porque nada de lo que haga puede dirigir las miradas hacia Ekaton. Todas las misiones que he ordenado se han realizado de incógnito. No puedo mandar a mis Walkirias a hacer el trabajo sucio para que todos sepan de mis intenciones. Incluso yo pasé mi primer año de exilio recluso en Thanos gastando ingentes recursos imperiales para poder crear un nuevo prototipo de morfo capaz de engañar a los detectores de ADN. La urgencia de la última guerra y el sigilo con el que se llevó a cabo todo el asunto de la rendición del Imperator, ha impedido que las tropas de Sillmarem puedan vigilarme tan de cerca como les gustaría. Debes comprender que no pueden hacer público el acoso al que intentan someterme sin admitir que sucedió aquello que pretenden ocultar. Si todo el universo se entera de que me vigilan porque deseo recuperar mi elixir, todo el universo sabrá que el Señor de Sillmarem lo ingirió y que ahora es un ser inmortal. Eso es lo que me ha permitido cierto margen de acción. Así que por lo que a los Sillmarem respecta, en estos momentos debo estar con Mesala en alguna representación del Teatro Imperial de Thanos. Si ni siquiera Calígula y Nerón son capaces de distinguirme de mi réplica, ¿cómo van a hacerlo esos ingenuos?

—Se trata entonces de distraer al enemigo, ¿verdad?

—Así es, ¿te ves preparada?

—Es una tarea ardua y delicada, mi Señor.

—Los Koperian son utilitaristas y solo respetan la fuerza.

—Eso es interesante.

—Y con más compensaciones de lo que se puede apreciar a primera vista. En esta nueva partida que comienza, tú serás la dama, así que déjales bien claro quién manda y quién obedece en este acuerdo. Además confío en ti o, siendo más preciso, en los éxitos que has cosechado en el pasado. Después de estos años a mi servicio, sé que eres la más apta para esta misión.

—Sí, mi Señor, será como ordenáis.

—Un detalle más, querida Itsake. Intenta reprimir un poco tu agresividad por esta vez, y no dejes muchos cadáveres a tu paso. Crearía una mala impresión, y no olvides que, por ahora, son nuestros aliados.

—Sí, Señor —respondió Itsake.

—Eres demasiado hermosa para acumular tanta ira, piensa que el autocontrol es la mejor manera de alcanzar el equilibrio. Si completas con éxito esta misión, recibirás más de lo que puedas desear, querida —dijo el Conde mirando con fijeza los gélidos ojos de Itsake—. Ahora puedes retirarte, tu transporte espera.

—Sí, Señor.

Itsake se retiró, en silencio, presta a cumplir la misión encomendada por su Señor mientras el Conde observaba hipnotizado cómo su figura se alejaba perdiéndose en la oscuridad de aquellos interminables pasillos.

—Bien, únicamente queda aguardar nuestro momento. Antes o después mi victoria será definitiva —murmuró el Conde volviendo a sumergirse en los interminables senderos de conocimiento encapsulado en aquella sala.

Buscando, una vez más, la localización del planeta Sillmarem.





CAPÍTULO II

SOSPECHAS

«Todo pasa, salvo la eternidad».

CONDE ALEXANDER VON HASSLER RAVENTTLOFT.

(LA SOLEDAD DEL PODER)

Stephan Seberg, Premier de los Sistemas Fronterizos y líder de los clanes Rebelis, se encontraba cómodamente sentado, sintiendo cómo el respaldo de su levita-sillón se adaptaba como una segunda piel a los cambios posturales de su cuerpo, irradiando ya fuera calor o frío según lo necesitase su organismo y masajando las partes más sobrecargadas por el estrés de sus quehaceres cotidianos. Su despacho en el planeta capital Zaley-te era, quizás, un destello material de lo que discurría por su mente en los últimos tiempos. Infinidad de proyectos, mapas y trabajos salpicaban su mesa repleta de holopantallas circulares que descargaban todo tipo de estadísticas y datos. Hileras completas de crista-libros, enciclopedias y amplios holovolúmenes que saturaban hasta el último rincón de su habitación. Aun así, quedaba hueco para un pequeño retrato-luz de su difunta esposa y su hija Sarah.

La costosa reconstrucción una década después de la guerra de conquista iniciada por el último Imperator, Viktor Raventtloft I, había sido una ardua tarea que parecía, poco a poco, convertirse en una realidad. Y ahora, de nuevo, la esperanza de construir un futuro para su pueblo parecía palpitar en su interior aunque con matices, ya que los últimos informes recibidos sobre movimientos imperiales en las montañas de Nemus-Iris le estaban haciendo revivir aquellos

días en los que se vio obligado a abandonar su planeta para evitar el exterminio de su pueblo. Sabía que era ilógico que las tropas imperiales atacasen posiciones de los Sistemas Fronterizos, y más teniendo en cuenta quién regentaba el Imperio en esos momentos. De todos modos, aunque no tuviera mucho sentido, lo cierto era que esas noticias requerían de su intervención directa. Una intervención que comenzaría después de que solucionara lo que en aquel instante le ocupaba, y es que Stephan aguardaba a un invitado de una índole muy especial.

Durante su espera el Premier no podía evitar que su cabeza se sumergiera, una y otra vez, en profundas cavilaciones que, después de mucho tiempo adormecidas, despertaban, atosigando a su alma, quitándole una paz que a su juicio tenía bien merecida después de tantos años de esfuerzo y lucha. Para colmo de males, la gota que colmaba el vaso, era lo que su intuición le advertía a gritos. El Conde Alexander Von Hassler, el auténtico instigador de los males de su pueblo, tramaba algo y sabía que no era nada bueno en absoluto. Su exilio político distaba mucho de inhabilitar sus portentosas facultades para la intriga y la lucha de poder. En cierto aspecto, admiraba su extraordinaria capacidad creativa y estratégica. Era un genio sin la menor duda y, por ello, un letal peligro que debía ser neutralizado lo antes posible. Si otros no lo querían hacer, lo haría él mismo aunque fuese con sus propias manos. No se podía permitir que el destino de tanta gente dependiese de los caprichos de aquel monstruo político.

Stephan sopesaba tales consideraciones enlazadas por su mente cuando la voz de uno de sus lugartenientes de confianza, su fiel Mutan-Tay, reclamó su atención por el intercom.

—Mi Señor lamento interrumpiros en vuestras labores, pero Navinok acaba de llegar.

—Hazle pasar, por favor.

Mutan-Tay lo acompañó hasta el despacho y ordenó retirarse a los guardias Rebelis que custodiaban la puerta, ofreciendo la entrada a su exótico huésped tras abrir la cerradura con la palma de la mano. No pudo evitar observar de reojo la espectacular silueta de aquel guerrero Homofel. Musculoso y elástico, su apariencia humana desmentía que parte de su origen fuera animal y salvaje. Aunque su actitud, siempre alerta, no carecía ni de consideración ni de buenos modales. Stephan salió a su encuentro con una sonrisa.

—Buenos días, sed bienvenido, poneos cómodo si gustáis —invitó Stephan señalando un levito—sillón igual al suyo—. Puedes retirarte Mutan-Tay.

—Como deseáis, mi Señor —dijo Mutan-Tay que, tras cerrar de nuevo la puerta, montó guardia cuidándose mucho de que el Premier no fuese molestado en aquella entrevista secreta.

—Espero que hayáis tenido, al menos, un viaje agradable —comentó Stephan sirviendo una taza de té aromático como prescribían las costumbres de hospitalidad Rebelis.

Navinok, conocedor de las mismas, lo aceptó en silencio bebiendo un sorbo como muestra de confianza; Stephan asintió en silencio.

—Sí, ha sido un viaje largo pero instructivo. Miklos me informó de que requeríais mi presencia con urgencia. Dijo que poseíais información de utilidad para mí. De ser así, justificaría el tiempo y esfuerzo invertidos en este viaje —cortó, con cierta brusquedad, Navinok.

Stephan sonrió; tal como le había advertido Miklos, el tío de Valdyn Sillmarem, un Homofel nunca decía dos palabras cuando podía usar un solo gesto, y no daba dos pasos cuando sólo con uno le bastaba.

—Es cierto. Creo que la información que he obtenido puede ayudaros. ¿Acaso es un mal momento? Si teníais algún asunto importante entre manos...

—Estad tranquilo —interrumpió Navinok—. Tenía pensado iniciar un viaje al norte de Liberniare, a las montañas, pero no es algo que no puedan hacer otros.

—Entiendo y lamento si mi llamada os ha podido causar inconveniente alguno.

—No tenéis por qué disculparos. ¿Cuál es esa información?

—Vaya, veo que no os andáis con rodeos. Sea pues, iré al grano.

Navinok asintió en silencio de nuevo.

—Mis agentes han obtenido información sobre los experimentos de Septem en Jurak-7. Como bien sabéis, durante décadas sus científicos han realizado y, de hecho, siguen realizando, experimentos para la creación, mejora y evolución de nuevas razas, entre ellas la vuestra —aquí Stephan hizo una pequeña pausa observando cómo Navinok tomaba, sin perder ojo, otro sorbo de té.

Éste alzó su taza invitándole a proseguir su exposición.

—Me consta el interés que tenéis por conocer los detalles de vuestros orígenes, y aquí podréis encontrar la información que necesitáis para obtenerlos. No puedo ofreceros los motivos que les indujeron a crearos, pero puedo mostraros a quien los conoce —explicó Stephan estudiando las reacciones del rostro de Navinok que permanecía impertérrito, esperando.

De repente, el Homofel se aventuró a romper su silencio con una pregunta.

—¿Slava Taideff?

—No, me temo que el Embajador de Septem es solo un comerciante, un hombre de negocios, no creo que sea capaz de diferenciar el código genético de un Homofel del de una rhino-ballena.

—No es tan obtuso —advirtió Navinok.

—Lo sé, pero Slava Taideff es famoso por adueñarse del trabajo y patentes del prójimo.

—Es muy propio de un oportunista sin escrúpulos como él.

—La persona que ideó el programa que permitió vuestra creación es... una mujer, y a mi juicio, excepcional en muchos aspectos. Ella es, por así decirlo, vuestra madre —dijo Stephan pronunciando con lentitud sus palabras y espaciándolas lo suficiente como para dar a Navinok tiempo para assimilarlas en todo su significado.

—¿Sabéis su nombre?

—Mejor que eso, sé dónde se encuentra.

Por unos instantes Navinok se quedó pensativo.

—Si algo he aprendido de los humanos es que nadie da nada por nada. ¿Qué queréis a cambio de dicha información?

—No quiero nada, os la daré sin más, aunque he de admitir que la causa por la que os pedí venir no es solo ésta. Hay más cuestiones que me gustaría tratar con vos —aclaró Stephan.

Navinok mantuvo su mirada sobre Stephan, evaluando sus posibilidades. Era consciente de que el simple hecho de que no le pidiera nada por una información que ambos sabían era de un valor inapreciable para él y su pueblo, podía volverse en su contra. Decidió mostrarse cauto y tantearle un poco más.

—Para mí es de sumo valor, es algo que no ignoráis —dijo Navinok con claridad.

—Es cierto, no lo ignoro —corroboró Stephan con sinceridad.

—¿Y cómo tendré la certeza de que en un futuro no muy lejano, no me exigiréis el pago de este... favor?

Stephan le miró sonriente. Él ya había previsto la reacción de Navinok. Pese a ser un Homofel, había una parte humana que no había que subestimar.

—Entiendo que como Premier de los Sistemas Fronterizos soy, ante todo, un político, y es lógico que sospechéis que pueda ocultar una doble intención, pero esta información no os la estoy ofreciendo como Premier sino como guerrero Shinday que sabe perfectamente lo que es la lucha sin tregua contra el enemigo desde hace generaciones. Son guerreros Rebelis los que la han obtenido arriesgando su vida en el proceso, y yo os la ofrezco como tal. Si os digo que no quiero nada a cambio, significa que no quiero nada —respondió Stephan con firmeza.

Un ligero brillo de admiración y respeto cruzó las retinas de Navinok. Stephan estaba logrando despertar su interés por momentos. Abrió uno de sus cajones y extrajo un pequeño rombocom que entregó a Navinok. Éste lo sostuvo sobre la palma de la mano, comprendiendo con claridad las intenciones de Ste-

phan. Sus recelos iniciales comenzaban a disiparse, aunque intuía que faltaba algo importante.

—¿Qué más queréis tratar conmigo? —preguntó Navinok.

En este punto, Stephan se acarició las yemas de sus dedos pulgar e índice de ambas manos como para animarse a ponerse manos a la obra.

—La primera cuestión es la situación de vuestro planeta, Liberniare. Es imprescindible que pase a formar parte de la Interfederación de Planetas Libres y se acoja a las leyes de los Sistemas Unidos. De no ser por su situación astrográfica, yo mismo os propondría para que os unieseis a los Sistemas Fronterizos, aunque, en este sentido, puede que los Sillmarem os puedan ayudar. Es conveniente establecer un gobierno oficial que legitime su soberanía con una democracia, a ser posible, para poder solicitar el ingreso en la Interfederación. Vuestro aislamiento os hace muy vulnerables a cualquier ataque exterior. Necesitáis forjar pactos y alianzas si queréis crear un futuro para vuestro pueblo —razonó Stephan.

Navinok sabía que era un hombre de Estado quien sugería tales palabras.

—¿Por qué habríamos de aceptar esa alternativa? Se nos otorgó el planeta para que viviésemos libres. Para que fuésemos libres y escogiésemos nuestro futuro por nosotros mismos.

—Lo que os recomiendo no solo es para que viváis libres, sino para que protejáis esa libertad y ese futuro. Una cosa es ser y sentirse libre, y otra muy distinta tener que proteger esa libertad —dijo Stephan, imperturbable—. Ambos lo sabemos, sabemos lo que es la esclavitud y la persecución imperial. Durante estos años habéis experimentado, al igual que nosotros, el rechazo y la discriminación de algunos sectores que no os consideran humanos.

—Y no lo somos, en parte al menos.

—Cierto. Lo cual no implica que no sea conveniente para vuestra seguridad pasar a formar parte de la Interfederación. Si os convirtieseis oficialmente en un planeta de pleno derecho, la situación cambiaría. Poseeríais inmunidad diplomática, nadie podría atacaros sin enfrentarse al resto de planetas miembros. Es, por así decirlo, una especie de seguro de vida, políticamente hablando.

—¿Por qué me contáis esto a mí, solo a mí? Soy un Homofel como otro cualquiera.

—¿No es obvio? Si la nación Homofel tiene que tener un líder, ése sois vos —sentenció Stephan.

—Yo no quiero el poder, ningún poder.

—Por esto mismo, sois el más apto para ejercerlo con responsabilidad —señaló Stephan.

—¿Y cómo se supone que habría de hacerlo? —interrogó Navinok, cada vez más perplejo.

—Me temo que en eso no puedo ayudaros. Ése es un camino que debéis recorrer solo. Lo único que me atrevería a sugeriros es que la palabra es más eficaz que la fuerza, y que ésta sólo se usa contra los enemigos y no contra los aliados, y sólo en caso de legítima defensa. Haced que vuestro pueblo os respete, no cometáis el error de hacer que os tema u os odie.

—Entiendo, pero no siempre es posible, no sé si sabré...

—Ahí radica la capacidad de un líder, el ser capaz de usar la razón cuando los ignorantes usan la violencia. En su momento sabréis a lo que me refiero, porque cuando viváis ese instante, si no actuáis como un líder, será porque quizás no merezcáis serlo.

—Os puedo asegurar que no será una tarea nada fácil. Al igual que muchos humanos rechazan a los Homofel, muchos Homofel rechazan a los humanos. La mentalidad del Imperio todavía está muy arraigada en algunos grexs.

—¡Unidlos! unid a vuestro pueblo. No intentéis enfrentaros a esas ideologías, eso sólo serviría para radicalizar posturas. Debéis atraerlos a vuestro terreno, hacer que vuestras creencias se conviertan en las suyas, transmitiéndolas con el ejemplo de vuestros actos. Solo así lograreis unir al pueblo Homofel, y creedme que nos hará falta —advirtió Stephan.

—Falta, ¿para qué?

Navinok le miró con extrañeza; Stephan inspiró profundamente.

—Me temo que ésta es la segunda cuestión por la que quería hablar con vos en persona. Hace exactamente diez años, en esta misma habitación, recibí a una joven que huía de Ravalione con un objeto de gran valor que pertenecía al ya difunto Imperator. Recuerdo la conversación que mantuve con ella, a mi modesto entender no exenta de interés en muchos aspectos, desgranando unas hipótesis que, por aquel entonces, creía que eran solamente conjeturas. Si aquel día hubiera tenido la certeza del valor de aquel objeto, yo mismo lo habría destruido.

—¿Destruído? ¿Habláis del Libro Oscuro del Imperator? pero si gracias al mismo se ganó la guerra —dijo Navinok mostrando su desconcierto sin ningún reparo.

—Por desgracia, eso no es exacto. En realidad, la guerra no se ganó, sino que quedó en suspenso.

—Explicaos, por favor —pidió Navinok con un creciente interés.

—Cometimos el error, y me incluyo a mí porque no fui capaz de verlo venir, de pensar que el verdadero artífice de esa maldita guerra era el Imperator, y que su sobrino, el Conde, se limitaba a cumplir con la voluntad de su Señor. Hoy tengo la convicción de que Viktor no era consciente de todas las piezas que manejaba su astuto sobrino. Me consta que el Imperator pensaba usar a los Homofel como

ejército de conquista. El Conde, en cambio, buscaba exterminar a la raza humana suplantándola por una nueva y más avanzada según su criterio.

—Nosotros.

—Exacto. Para ser un poco más precisos, la cuestión es que cometimos la mayor equivocación que se pueda cometer.

—¿Cuál?

—Dejar con vida a ese asesino —sentenció Stephan—. Aquel día pensé, contagiado por el regocijo de todos, que se había acabado la guerra, impidiéndome cerciorarme de que dejábamos libre, aunque fuera en el exilio, al verdadero culpable. No volveré a cometer ese error aunque me vaya la vida en ello.

Navinok percibió la dureza de la mirada del Premier.

—El Conde Alexander Von Hassler, Señor del planeta Ekaton y Comandante en jefe de las Walkirias imperiales.

—En efecto.

—De todos modos, Rebecca está en Ravalione.

—No es la regencia de Rebecca lo que me preocupa. Dentro de poco el Príncipe Umasis ascenderá al poder y será nombrado Imperator. Si mis sospechas son ciertas, el Conde no permitirá que eso suceda.

—No creo que pueda impedirlo, el ejército de los Casacas Negras defiende Ravalione.

—He oído rumores de extraños guerreros negros más allá de los Sistemas Fronterizos. Nadie sabe a quién obedecen o deben su lealtad, y eso me inquieta. Por si fuera poco, Ekaton es la cuna de las Walkirias imperiales, y podéis estar seguro de que, llegado el momento, servirán al Conde antes que al Príncipe sin la menor duda.

—Puede que esté buscando aliados. Es lo que yo haría en su lugar. Es, de hecho, lo que vos y yo estamos haciendo.

—En eso tenéis razón —asintió Stephan mirándole con admiración.

—Aun así, el Conde Negro se halla exiliado en Ekaton. No se puede decir que tenga mucha libertad de movimiento, ¿verdad?

—Supuestamente no.

—¿Supuestamente?

—Según la información que Miklos me dio, el Conde se encuentra en Thanos, dedicado por completo a la vida social y cultural del planeta, pero a mí no me convence. No creo que se quede de brazos cruzados viendo cómo el Imperio pasa a manos de su primo. Tengo la sensación de que cuanto más se deja ver en público, peor es lo que está tramando. Es obvio que el Conde es muy astuto y que conoce las limitaciones que tienen los Sillmarem para controlarle, por eso está representando esta pantomima —explicó Stephan.

—Si estáis convencido de ello, ¿por qué no actuáis al respecto?

—Tengo la intención de hacerlo. En cuanto se presente la ocasión daré la orden de...

—Eliminarlo —interrumpió Navinok.

Stephan asintió en silencio.

—Esta... decisión, ¿la habéis comentado con el Señor de Sill?

—Hablé con Valdyn, Miklos y Löthar Lakota. Ellos no comparten mi creencia sobre esta amenaza, pero tampoco se fían del Conde. No comparten mi decisión por el uso de ese método, pero no van a interponerse en mi camino. Su filosofía es el respeto a toda forma de vida y es, desde luego, de lo más respetable, incluso admirable, pero vos y yo somos hombres de acción, sabemos que la vida es una lucha sin cuartel por nuestra supervivencia y la de nuestros respectivos pueblos. Ambos sabemos que la definición de bien y mal no siempre es clara y precisa, y aunque ello no nos libra de nuestra responsabilidad, en ocasiones, es necesario matar para poder sobrevivir —dijo Stephan con amargura.

—Entonces, ¿qué necesitáis de mí?

—No, ya os comenté que no os pediría nada, el Conde Alexander Von Hassler es cosa mía. De vos sólo quiero que si fracaso...

Stephan permaneció en silencio unos instantes.

—Hablad.

—Que los Homofel, vuestros Homofel, se preparen para la lucha como una nación. Todos deben luchar por la misma causa contra el mismo enemigo, el Conde.

—¿Por qué no solicitáis ayuda a los Delphinasills?

—Mi hija Sarah es una de ellos. No puedo pedirle a mi hija que luche mis batallas por mí. Soy consciente de la ventaja de los poderes otorgados por el elixir de Vitava, pero para mí no son más que unos muchachos, demasiado jóvenes para conocer el horror de la guerra, y si de mí dependiera, no los conocerían jamás. Ya tienen bastante con las consecuencias de haber tomado el elixir. Además, la imprudencia de su juventud les haría buscar un enfrentamiento directo confiando en sus poderes, al fin y al cabo ya le vencieron una vez. No creo que el Conde vuelva a cometer los mismos errores; No creo que el uso de la fuerza, esta vez, sea suficiente. Estad alerta en el caso de que yo y mis guerreros fallemos. Los Sillmarem puede que solo os tengan a vosotros para hacer frente al Conde. Estad siempre vigilantes.

—Quizás deberíais hablar con Miklos para que sea juzgado en los Sistemas Unidos.

—No serviría de nada porque no tengo pruebas, sólo tengo mi instinto.

—Pensé que solo erais un político, pero demostráis ser un guerrero. Si recibo información sobre el Conde os lo haré saber. Ahora debo ir a buscar a esa mujer de la que me habéis hablado.

Stephan le miró con fijeza y sonrió.

—¿Sucedo algo? —preguntó Navinok mientras se incorporaba.

—Creo que vuestro viaje va a ser muy breve —dijo Stephan sintiendo cómo Navinok le lanzaba una interrogativa mirada.

—Está aquí —añadió Stephan saboreando aquel instante cual aprendiz de brujo mostrando un nuevo truco de magia.

Los rasgos de Navinok dejaron entrever distintos estados de ánimo en cuestión de segundos. De la duda a la sorpresa y, cosa inusual en él, al nerviosismo. De repente, supo que gracias a Stephan Seberg iba a obtener las respuestas que tanto había anhelado durante estos años.





CAPÍTULO III EL HIJO DE REBECCA

“La crueldad de la violencia premeditada es una valiosa arma al servicio del poder. La ciencia, la economía y la cultura pueden llegar a ser instrumentos para potenciar su rendimiento”.

CONDE ALEXANDER VON HASSLER RAVENTTLOFT.
(EL ARTE DE GOBERNAR)

Llovía; espesas cortinas de lluvia azotaban los techos de Ravallione, capital del planeta Akila, corazón del Imperio de las dos águilas de platino. Largas raíces de electricidad cruzaban el firmamento cual grietas de luz en la oscuridad. A través de los jardines de la fortaleza imperial, Rebecca, actual regente del Imperio, corría furiosa en pos de unos intrusos. No sabía quiénes eran, poco le importaba, aunque estaba segura de que le devolverían a su hijo. Los quería vivos, después... ya vería lo que haría después. Portaba en una mano un subfusil de asalto, y en su corazón puro odio.

No muy lejos, a su espalda, los Xiphias cedidos por su tío, Miklos Sillmarem, trataban de protegerla corriendo desesperados, aunque Rebecca sabía que los Homofel, especialmente escogidos por Navinok, que corrían a su alrededor aguardando cualquier orden suya, eran los que mejor podían ayudarla en ese momento. Le daban seguridad en una ciudad en la que nada había seguro.

Lo que más le preocupaba era saber cómo habían logrado penetrar en sus aposentos, secuestrar a su hijo y superar todas las medidas de seguridad de la

fortaleza incluyendo sus cien niveles interiores. Los cinco círculos de la fortaleza habían cambiado de posición, las salidas y entradas habían sido selladas, nuevos precipicios se habían abierto, y los fosos estaban llenos de agua con animales venenosos. Quienes habían logrado tal hazaña debían conocer con precisión los holoplanos de la fortaleza. Todo ello inducía a pensar en una traición desde palacio, pero no estaba segura ya que aunque algunos estaban siendo localizados, otros habían tomado una ruta alternativa de escape, demostrando ignorar dichos conocimientos. Eran éstos los que se llevaban a su hijo pequeño.

El barro le hacía más pesada la marcha, y Nika, su marido, no dejaba de llamar a su intercom de pulsera. Debía estar tan desesperado como ella. Los intercambios de disparos y fognazos se confundían con los ruidos de la tormenta; coches—aéreos con el emblema de Sillmarem levitaban con potentes focos rastreando los alrededores; por un momento, un círculo de luz se posó circundando su cuerpo. Rebecca, con un gesto, les ordenó que avanzaran sin pausa mientras las olas rompían con furia en el puerto de la fortaleza imperial y el viento agitaba furioso el ramaje de los árboles.

Se hacía una idea de la causa por la que habían secuestrado a su hijo. Lo usarían para obligarla a ceder el poder y librarse del heredero de Viktor Raventtloft I, el Príncipe Umasis, retomando así las riendas del poder del Imperio. El acoso al que la venían sometiendo las intrigas de la nobleza imperial no había cesado desde su llegada a Ravalione, pero, sin duda, esto superaba los límites de lo que era capaz de soportar.

No muy lejos de Rebecca seguían corriendo, acosados por sus Homofel, los intrusos. A la zaga, otros tantos cuerpos con los azulados uniformes de los Homofel iniciaban con ellos una lucha cuerpo a cuerpo. Siete figuras humanas con morfología algo distinta, cubiertos por extrañas armaduras oscuras, luchaban con violencia. Tal como había sospechado Rebecca, debían ser muy peligrosos para atreverse a luchar contra sus Homofel.

A sus espaldas, una escuadra de Xiphias tomaba posiciones mientras una patrulla de Homofel, en frenética y salvaje persecución, pisaba los talones a varios de los fugitivos que habían logrado penetrar y superar las defensas de la fortaleza imperial. Permanecían con vida corriendo hacia el este, entre la lluvia, atravesando los bosques imperiales; gritos de muerte desgarraron la noche.

Rebecca ya no era una muchacha; había pasado de ser adolescente a mujer en un proceso profundamente doloroso; se negaba a ser sometida por el Imperio y sus intrigas. Era una constante lucha por sus valores, la supervivencia y la independencia, en un mundo donde prácticamente se carecía de ética. Se había convertido en mujer sin apenas ser consciente de ello, y ahora veía con los ojos de la experiencia un mundo distinto, con mucho, de lo que había dado por

sentado de niña. El presente y su cambiante realidad parecían ser un constante desafío para sus recuerdos, su valor y su cordura, más crudo de lo que había esperado que fuese nunca.

Seguía corriendo desenfrenadamente, con la garganta seca y la lengua pastosa. *Corre maldita sea, ya falta menos. Vamos, hazlo por él. Es tu hijo*, se decía a sí misma Rebecca mientras avanzaba a gran velocidad. El cansancio parecía agobiarla y perseguirla con implacable tenacidad en una batalla que ganaría en breve tiempo, aunque no sabía cuánto; las rodillas le dolían.

Al ver las primeras señales de fuego recordó la casa de su padre, el Archiduque de Portierland, en llamas. Podía ver a su padre con los ojos enrojecidos y el hollín en sus arrugas. Le había salvado la vida de perecer torturada a manos de los Casacas Negras del Imperator, antes de morir asesinado por una Walkiria imperial. El recuerdo de la lenta, susurrante y profunda voz de su padre la hizo estremecerse con dos resonantes palabras que martilleaban su memoria sin compasión: «Han muerto...». Su familia había sido asesinada.

Desde su adolescencia no había oído a nadie, más que a él, hablar la lengua del spangle con tanta elegancia. El spangle era una galacto–lengua, una mezcla evolucionada del antiguo español e inglés, cada vez más utilizada en todo el universo como lengua oficial. Si alguien quería hacer cualquier transacción comercial, le era imprescindible hablarlo con fluidez, exceptuando el Imperio, naturalmente. En Sillmarem, el spangle era la lengua oficial junto al grecan, un griego evolucionado, y el latinnova, un latín también más moderno.

Las palabras se negaban a huir de su memoria, <<Han muerto...>>. Un latigazo de dolor le sacudió el alma. El sonido de sus Homofel hizo que su corazón se sobresaltara haciéndola abandonar sus recuerdos. Tenía que dosificar sus energías como le habían enseñado sus instructores en Marelisth, Thenae y Portierland.

Fijó la mirada en el suelo mientras saltaba un arbusto espinoso; la mayoría de la vegetación del bosque imperial era venenosa, eso le había dicho o, más bien advertido, su marido, Nika.

Rebecca y sus Homofel salieron de las sombras a un pequeño claro empantanado; bajaron a grandes saltos por un inclinado terraplén, frenando con los talones y casi trastabillando por el exceso de velocidad; volvieron a tomar impulso en un pequeño montículo con un par de zancadas; una ráfaga de disparos zumbó sobre sus cabezas; Rebecca cruzó uno de los últimos jardines corriendo con la reserva final de energía que le quedaba; pasó justo por debajo de un granítico arco escoltado por dos gárgolas de piedra situado a la entrada del mismo que, como ángeles guardianes, la invitaban a entrar a su reino vegetal.

–No voy a perder a mi hijo, no voy a perderlo –murmuraba.

Con gesto brusco apartó una rama, notando una punzada de insoportable dolor en su brazo derecho. Varias espinas se habían incrustado en su hombro, enterrándose más a cada movimiento, desgarrándole el músculo. Soltó un pequeño gemido, se percató de cómo el veneno penetraba en la sangre y le adormecía parte del brazo, sintiendo que le hormigueaban hasta las yemas de los dedos. Para colmo de males, a cada latido de corazón el veneno se expandiría más. *El dolor, el dolor*, maldijo con irritación.

Intentó recuperar algo de calma con poco éxito. Su estado era deplorable. Debía hacer un esfuerzo final para dominar su calvario o tanto sacrificio se perdería en el amargo fruto del fracaso.

—Ya está bien. Empecemos desde el principio.

Rebecca solía necesitar solo unos segundos para prepararse y entrar en trance de autosugestión. Tomó aliento profundamente utilizando, por unos instantes, el propio movimiento mecánico de la carrera como guía para su auto-hipnosis. Casi instantáneamente, se redujo el ajeteo de su cerebro; controló su pánico reduciéndolo a un nivel de temor-alertivo dominable; aguardó a que los efectos de su bloqueo mental terminaran por disiparse volviendo entonces a concentrarse en la persecución con la facilidad que le otorgaba la práctica. Se concentró con todo su ser en un esfuerzo consciente, en un único acto de voluntad que la proyectaba hacia su consciencia interior a la vez que su cuerpo seguía moviéndose, esquivando instintivamente los diferentes obstáculos del camino con una concentración total que desechaba todo pensamiento de victoria o derrota. Únicamente pensaba en seguir desplazándose coordinadamente a un mismo ritmo, ignorando los terribles abismos-trampa que circundaban la fortaleza imperial. Su percepción interior la hacía verse corriendo como una inteligencia inmaterial con un único objetivo: su hijo.

Sus Homofel corrían con los ojos fijos en las altas figuras de sus víctimas. De repente, el último intruso del grupo cambió de dirección separándose de sus camaradas. Manteniéndose inclinado y aprovechando las ventajas que le daban los accidentes del terreno, se metió en un pequeño riachuelo y fue durante unos segundos zigzagueando y cruzándolo en diagonal mientras daba tiempo a sus compañeros para escapar. Sabía que no debía caminar demasiado por el agua puesto que eso le hacía ser mucho más lento, por lo que pronto volvió a adentrarse en las espesas arboledas del bosque. Antes de que pudiera reaccionar, un Homofel le cerró el camino y diez más lo rodearon, así que sintiéndose acorralado, y habiendo sido entrenado para actuar como un asesino, el fugitivo se abalanzó hacia ellos en una embestida brutal. Dos Homofel fueron lanzados contra un árbol con una fuerza superior a lo que se esperaban; otro Homofel se lanzó sobre él, saltándole encima con las garras retráctiles desenfundadas; el

fugitivo se arrojó al suelo, giró hasta que estuvo sobre el Homofel y lo inmovilizó sacando, a su vez, un pequeño arco de luz roja que le seccionó el cuello; volvió a iniciar la carrera tan rápido como pudo, titubeando, hasta que otro Homofel logró darle alcance cortándole los tendones de los tobillos. El resto de Homofel lo rodearon con presteza pero, para su sorpresa, aquel extraño guerrero se desintegró dejando solo cenizas y un fuerte olor a quemado.

Rebecca fue informada al instante y no le gustó nada. *Están dispuestos a morir con tal de cumplir su misión. Malo, muy malo.*

Era una persecución sin tregua. Las narices de los Homofel buscaban el cálido y sudoroso rastro de los demás fugitivos que escapaban corriendo. Husmeaban los caminos del bosque, captaban los olores naturales del cuerpo como una perfecta huella para sus aguzados olfatos. El jabón, los desodorantes o cualquier droga que estuviera en su organismo se convertían en un detector invisible que delataba su posición. Cuando los fugitivos caminaban sobre la hierba o a través de la maleza, rompían ramas y arbustos que mostraban el camino que debían seguir los guerreros de Navinok.

Más disparos, más bajas, más intrusos que se desintegraban. El penúltimo fugitivo atravesó el patio de otro jardín con ligereza; bajó volando la escalera guiándose por su vista nocturna llegando a una explanada; atravesó con furia una puerta vegetal repleta de enredaderas, y cayó fulminado por un disparo láser, desintegrándose al instante.

El último y oscuro guerrero superviviente giró la cabeza viendo a uno de los Homofel acercarse por un lado y, sin pensárselo, le disparó con un extraño arma en forma de hache un certero tiro en la cabeza, haciendo que el Homofel se desplomara. Fugazmente, en el momento en que otro Homofel saltaba para matarle, el fugitivo saltó y se agachó rodando sobre sí mismo, sacó una barra cilíndrica de una abertura camuflada en su muslo derecho, y oprimió lo que parecía ser un pulsador dactilar provocando que la barra se estirase y desplegasen de sus extremos dos cuchillas de doble filo muy alargadas con la forma de un triángulo. Al voltearla a modo de hélice, creó un invisible círculo defensivo para mantener a raya y dispersar a los demás Homofel. Se volvió contra sus atacantes ampliando su fulgurante ataque, eliminando a continuación a un par de Homofel que, cayendo desplomados, interrumpieron el ruido de la lluvia nocturna con el crujir de mandíbulas fracturadas y cuellos seccionados.





“No existe arma más letal que la mente humana”.

VIKTOR RAVENTTLOFT.

(LA OTRA CARA DE LA MONEDA)

La mente de Slava Taideff se hallaba sumergida en complejas abstracciones científicas; sus experimentos de Jurak-7 iban viento en popa. Su mujer, Tanya Svelenkova, estaba cómodamente sentada junto a él en la terraza de su palacete en Hiptake, en el planeta Septem.

Sobre la mesa aún quedaban, en una lujosa vajilla de Chaney, los restos de una comida digna de los paladares más refinados del Imperio. Uno de los rasgos más sobresalientes de su mujer era su desmedido amor por el lujo y el poder, sobre todo el poder. Intrigar, cualidad típica de la hija de un embajador del Imperio, era en ella algo tan habitual y rutinario como el respirar.

Ambos bebían mientras disfrutaban de la calma del final de la tarde. Slava Taideff sabía leer en el singular rostro de su mujer los signos que precedían a la llegada de una inminente tormenta doméstica. Se preparó lo mejor que pudo esbozando una de las mejores sonrisas de su repertorio, y aguardó a que su esposa rompiera el silencio.

—Estoy muy... enojada contigo, Slava.

El Embajador puso cara de sorpresa.

—¿Enojada? —repitió con lentitud, haciendo con un gesto que los sirvientes se retirasen dejándoles completamente solos. Faltaban pocos días para su partida hacia sus laboratorios de Jurak—7.

—Estás pescando tiburones en un vaso de agua —dijo Tanya dándole a entender que estaba perdiendo estúpidamente el tiempo.

—¿No es así como lo dirían en Sillmarem? —respondió con hiriente condescendencia—. Si hay alguna cualidad de la que me puedo vanagloriar es de saber apreciar en su perfecta medida el tiempo y su valor, querida.

—¿Qué es el tiempo cuando permites que se te escape el futuro por entre los dedos?

—¿El futuro?

—¡Tu futuro! Nuestro futuro, tu destino —aclaró suavemente Tanya, estudiando atentamente las reacciones de su esposo.

—No debes preocuparte por nuestro futuro. Está completamente asegurado. Ni más ni menos que nuestro Premier en persona me aseguró el virreinato de los mejores sistemas imperiales cuando Septem recupere su hegemonía.

—Simples despojos cuando puedes comerte todo el banquete.

—¿Despojos dices? ¿Sabes la enorme riqueza y poder que nos otorgaría eso? Casi la totalidad de los hombres ignoran que tal posibilidad pueda hacerse realidad, y créeme querida, eso tan solo sería el principio de una escalera repleta de asombrosas posibilidades para nosotros.

Su mujer le miró a los ojos.

—Tu ingenuidad es casi tan grande como tu ignorancia —susurró Tanya con desprecio.

Slava Taideff reprimió su cólera pero, muy a su pesar, no pudo evitar erguirse mirando fijamente a su esposa.

—No sé qué quieres decir, mujer.

—¿De verdad crees en esas estúpidas promesas? ¿Eres plenamente consciente de tus posibilidades? Te estás convirtiendo en un potencial competidor para nuestro Premier, y además, sabes demasiado. Te puede quedar muy poco tiempo de vida —razonó Tanya—. El Premier aspira al trono de las siete coronas. Nuestro Monarca Supremo está demasiado viejo y sin heredero, y el Premier no permitirá que nadie se interponga en su camino a la cumbre. Cuando dejes de serle útil te desechará como un mecánico desecha una vieja e inservible herramienta. Eres demasiado peligroso para él, y te teme. Debes anticiparte y controlar tu futuro antes de que éste te controle a ti.

—Se necesita mucho poder para controlar el destino.

—¡El destino sólo lo poseen aquellos lo suficientemente capaces como para moldearlo a su gusto! Tienes todas las cartas en tu mano, tan solo debes usarlas adecuadamente y la partida será nuestra... tuya. ¡Así que úsalas!

—Sigo teniendo asegurado un lugar en el Imperio y en Septem—dijo Slava a la defensiva. Un tic nervioso se manifestó en su ojo izquierdo; su mujer le acarició la mejilla.

—Las elecciones serán dentro de poco, justo después de que tengamos preparados los nuevos Homofel. Un trágico accidente de nuestro Monarca y del Premier cuando vayan de caza, y tendrás vía libre para acceder al trono después de asegurarte la elección en unas votaciones de hojalata. Todo está previsto, contamos con el apoyo de mi padre y algunas de las familias más poderosas del Imperio. Son más de las que crees.

—¿Mujer, no insinuarás...?

Tanya se impacientaba por momentos, pero habló con precisa suavidad, disuadiendo metódicamente a su marido.

—Muchas de las familias imperiales están descontentas con la nueva política adoptada por el futuro heredero. Su honradez y su intención de eliminar las desigualdades sociales, perjudicará los intereses económicos de muchos nobles. Y aunque ahora Rebecca regente el Imperio, dentro de poco será la coronación y el poder cambiará de manos. Piénsalo, el Príncipe Umasis es joven e inexperto, y no parece ser el más idóneo para el cargo. Seguramente no durará. Y si el Príncipe desaparece, ambos sabemos a quién correspondería el trono.

—Al Conde.

—En efecto. Lo único que debemos hacer es asegurarnos de que cuando el Príncipe desaparezca, Sillmarem tenga la certeza de que el culpable no es otro que el Conde Alexander Von Hassler. De ese modo, se enfrentarán encarnizadamente. Y cuando acaben exhaustos, tú estarás ahí, como Monarca Supremo de la Heptarquía de Septem, para dar el golpe de gracia al debilitado vencedor.

—Pero, ¿y si el Príncipe Umasis no desaparece?

—Bueno, ya nos encargaremos de eso.

—¿Quieres asesinar al futuro Imperator?—preguntó, asombrado.

—No es que quiera asesinarlo, cariño. Pero tú y yo sabemos que el Conde es peligroso, y sinceramente, prefiero que nos ocupemos del Príncipe, y dejar que Sillmarem se encargue del Conde antes que hacerlo al revés, ¿no crees?

—La verdad es que es un hombre siniestro—dijo Slava pensando en la imagen del Conde—. Solo de pensar en verle se me hace un nudo en el estómago. Además, esas malditas panteras que siempre van con él parecen estar deseando morderme.

—Por eso mismo, querido. Sillmarem no dudará en culpar al Conde si Umasis muere. Todo el mundo sabe quién asesinó al Archiduque de Portierland. Lo único que me preocupa es saber por qué acabó con él. Parece ser que sabía algo que el Imperator quería guardar en el más

riguroso secreto. Corren rumores sobre una extraña arma, una especie de fórmula.

—¿Una fórmula? ¿De qué?

—Mis agentes ya están en ello, ten paciencia amado esposo. Ahora lo que debes hacer es esperar el momento oportuno. Te presentaré a algunos de mis agentes que te ayudarán en la planificación.

—Pero las votaciones...

—¡No seas estúpido! —interrumpió Tanya—. Las votaciones pueden ser compradas, vendidas, falsificadas y manipuladas.

—Aun así habrá una fuerte oposición. La mayoría... quiero decir que se harán muchas preguntas... una comisión imperial podría investigar —titubeó Slava.

—¡Dioses benditos! No te preocupes por absurdas bagatelas. Tendremos la mayoría asegurada antes de lo que crees. Sellaremos alianzas con los líderes de los principales partidos políticos o con sus rivales internos. Ninguno de ellos despreciará una segura posibilidad de ascenso o de derribar a uno de sus enemigos, ya sea en su propio partido o en el de la oposición. Pronto comprobarán que su futuro y el de Septem van ligados al tuyo indivisiblemente porque ¡tú serás Septem! Piénsalo bien, aceptarán de buen grado, por la fuerza o por coacción, las ventajas que les ofreces. Títulos por repartir, concesiones políticas, económicas o religiosas, ventajas tributarias o de explotación. Trato de favor con ventajas jurídicas. La explotación de jugosas parcelas de poder con cuantiosos beneficios e incluso la concesión de las nuevas colonias imperiales de Nitthu sin ningún tipo de impuesto o arancel. Y esto será sólo el principio, después vendrá el reparto de las nuevas patentes científicas. Nadie podrá resistir la tentación de darle un bocado a nuestros experimentos secretos de Jurak-7.

—Jurak-7 está bajo la custodia de Andriapolis-Alpha y, ésta, a su vez, de la Interfederación.

—Cierto, ¿y...?

—¡Es demasiado peligroso! Ya nos cuesta demasiado comprar el silencio de las autoridades de Andriapolis-Alpha sobre las torres biónicas como para que esa información pase a ser de dominio público —dijo Slava asombrado por la audacia de su mujer.

—Cuando la Interfederación se una a Sillmarem para atacar al Conde, caerá bajo la ira de las tropas imperiales y poco importará lo mucho o poco que haya hecho hasta entonces. Jurak-7 será una inapreciable carta que nos dará la victoria final. Piénsalo bien, tendremos un universo entero para repartirnos.

—Pero habrá rebeldes y opositores, no debemos subestimarlos.

—Serán discretamente eliminados —dijo cándidamente Tanya—. No se puede detener el futuro, y tú eres el futuro, su futuro. No podrán hacer nada al respecto cuando sepan que posees poderosos aliados dentro del Imperio, Invenio e incluso la propia Interfederación. El resto de facciones de la oposición lo comprenderán.

—¿Y si no lo hacen?

—Morirán —sentenció Tanya—. Eso no será problema.

Slava Taideff comenzó a vislumbrar la factibilidad del plan de su infatigable esposa. Era, bajo muchos aspectos, una mujer temible sin duda alguna, aunque para el Embajador de Septem era una reconfortante presencia en tiempos de dificultad.

—Encárgate de preparar tu viaje de inspección a Jurak-7, y yo me encargaré del resto.

—Pero el pueblo...

—¿Cómo puedes ser tan obtuso? No sé qué voy a hacer contigo —amonestó Tanya con desprecio—. El pueblo dices, ¿qué es el pueblo al fin y al cabo?, ¿qué es en definitiva la vida? Una incombustible lucha entre los que poseen el poder y quienes se esfuerzan por arrebatárselo, dejando en medio apenas un frágil hueco como el agujero de un alfiler por el que pasan los hombres sencillos que tan solo quieren vivir en paz con sus familias en busca de la tan ansiada felicidad. En el instante en que comprueben las ventajas de formar parte de la ciudadanía de Septem y su justicia, admirarán agradecidos a su nuevo líder, nuevo padre y protector de su pueblo, naturalmente.

—Naturalmente —añadió Slava.

—¿Y el precio? No se puede pretender encerrar el alma humana en una botella de cristal y tirarla al mar como si de un efrít se tratara, ignorando la realidad y las cadenas que lo atan a ésta.

—Pero sí embotar su conciencia. Es una constante histórica. Todos poseemos un lado oscuro explotable.

—Les alejaremos de lo verdaderamente importante; les construiremos un pomposo decorado de fiesta y grandeza que los mantenga ocupados sin poder usar ningún tipo de poder, arma, instrumento o recurso que los lleve a su perdición.

—Pero siempre poseerán su mejor arma, su mente.

—Cuando un arma no se usa, termina por oxidarse. La oxidaremos con todos los placeres que les pueda proporcionar la carne.

—¿Cómo hicieron otros imperios?

—Oh no, los imperios anteriores no tenían ángeles guardianes. Nuestro pueblo sí. Será una magnífica representación teatral con actores reales, una obra única.

–Nuestra obra.

–Lo haremos por su propio bien, mi amor.

–Y el nuestro.

–Y el nuestro, claro está.

–Les forjaremos un nuevo horizonte de promesas. Ello quebrará toda iniciativa individual que represente un peligro para su confort y bienestar.

–Si lo miras desde otro prisma, es por una causa noble, les salvaremos de sí mismos –razonó con ironía la hija del embajador imperial.

–Mi pequeña manipuladora –murmuró cariñosamente Slava.

–Os veo tenso mi Señor, acompañadme a mis aposentos y os daré uno de mis masajes especiales –ofreció Tanya.

El Embajador se levantó como un autómatas, dejándose llevar por su esposa hacia el dormitorio, mientras se contoneaba eróticamente. Era consciente de que estaba en juego el poder de todo un Imperio.

CONTINUARÁ...

La saga continúa y en septiembre se darán respuestas a todos los interrogantes:

¿Ascenderá al trono el príncipe Umasis?

¿El Conde conseguirá su objetivo de apoderarse de Sillmarem?

¿Se destruirá el elixir?

¿Quién es la torre y quién el alfil?

*Descúbrelo a partir del
25 de septiembre de 2008
en tu librería habitual.*

